

ANTONIO GARCIA VERDUCH (*)



Sobran las palabras

A la desgracia de los atentados terroristas sucede, invariablemente, otra desgracia añadida, que es la de una oleada de declaraciones excitadas y nerviosas de unos políticos desorientados, vacilantes y desfallecidos.

Cuando, a los pocos días, se analiza fríamente el contenido de esas declaraciones, se experimenta una mezcla de sensaciones, difícilmente explicable. Una de ellas es la inquietante sensación de estar en manos de una clase política débil y perpleja, que no sabe, o no quiere, o no puede, ni siquiera enunciar el problema general que atribula a todos los ciudadanos. Y, como consecuencia de esa perplejidad, y del grave conflicto interno entre lo que se sabe, lo que se quiere y lo que se puede, los políticos se cubren ante la sociedad exhibiendo su nutrido repertorio de vaciedades, tópicos, simplezas, perogrulladas y vaguedades.

La razón para semejante despliegue verbal es que no se sabe, o no se quiere, o no se puede decir lo que, de verdad debe decirse. Cuando se tiene mucho que decir, se dice en muy pocas palabras y, por el contrario, cuando se tiene poco o nada que decir, el vacío se disimula con una catarata de palabras.

Las personas que se sienten obligadas a decir algo importante, sin tener nada importante que decir, acaban diciendo lo que no quieren o lo que no deben.

Después de un atentado terrorista, los políticos toman aire en sus pulmones, y lanzan una tromba de improperios y de insultos contra los terroristas, y elaboran y proclaman atropelladas teorías de tres al cuarto, que poco o nada tienen que ver con el razonado análisis de un complejo problema que, únicamente a ellos, compete resolver.

Hoy no voy a intentar, siquiera, hacer una breve incursión en los problemas de fondo, porque ni estoy capacitado, ni soy la persona indicada para hacerlo, pero no me resigno a callar algunas impresiones personales acerca de los comportamientos que venimos comentando.

En primer lugar, pienso que entre las atribuciones de los políticos no está la de insultar a los terroristas. Estos últimos han asumido, como función propia, la de aterrorizar a la ciudadanía. Ese es su lenguaje connatural. A los políticos -por mandato popular- corresponde la función de salvaguardar los derechos de todos los ciudadanos y, en especial, el derecho a la vida.

Ni unos ni otros tienen como función insultar, porque cada uno de esos grupos tiene ya su modo específico de expresión. Los terroristas dicen lo que tienen que decir, aterrorizando, y los políticos dicen lo que tienen que decir, o verbalmente, en los Parlamentos, o por escrito, en el Boletín Oficial del Estado. Estos son los lenguajes naturales.

En España se está jugando una macabra partida de ajedrez, que exige profundidad en la meditación, seriedad en los planteamientos, análisis metódico de los factores intervinientes, valentía en la asunción de responsabilidades, firmeza en la toma de decisiones y generosidad en la resolución de los problemas humanos.

¿A qué jugador serio de ajedrez se le ocurriría insultar a un alfil del contrincante, por haber sido situado en un lugar, desde el cual se enfila peligrosamente una posición estratégica propia?

El buen jugador jamás insulta, ni al alfil contrario, ni a la mano que lo movió. Simplemente medita sobre la situación general del tablero, analiza las consecuencias de todos sus posibles movimientos y, después, toma una de sus fichas con firmeza y la asienta en una nueva posición. Y todo ello, en el más riguroso silencio. Cuando se quiere hacer un juego inteligente y eficaz, hay que guardar silencio para no distraer la atención de lo que pasa en el tablero.

En política, como en tantas otras cosas, la toma de decisiones serias exige meditación y silencio. No puede hacerse con una charanga por delante pavoneándose ante el respetable.

En España sobra bullicio, sobra exhibicionismo, sobra pegamento para cubrirse el cuerpo con plumas ajenas, sobran comportamientos equívocos, sobran actitudes teatrales, y falta, esencialmente, el silencio necesario para meditar sobre la toma de grandes decisiones.

Da la impresión de que se está haciendo demasiado ruido -bien sea con explosivos o con declamaciones alborotadas y vacías- para espantar los fantasmas de las propias debilidades, y para postergar más y más el duro momento de enfrentarse a la cruda realidad. Se canta a voz en grito para ahuyentar el miedo, y para conjurar los malos presagios.

La clase política agotó hace ya mucho tiempo el arsenal de insultos y vaciedades, cuidadosamente elegidos para ser ventilados después de cada atentado terrorista.



ANTONIO GARCÍA YERRO

Ya está sobradamente dicho lo de bárbaros, desalmados, hienas, hijos de perra, caballo de Atila, chusma, gentuza, descerebrados, hijos de puta, matones, gente de la peor calaña, gentes deshumanizadas y envilecidas, malnacidos, banda de asesinos, y fieras.

Y se ha dicho hasta la saciedad que los terroristas son asesinos guiados por el fanatismo, el odio y la sinrazón, que parecen miembros de una secta diabólica, que son desalmados que sólo quieren deshacer la convivencia de todos los españoles, que cometen atentados repugnantes, que pretenden crear inseguridad, que lo que, de verdad buscan es desestabilizar la democracia.

Y también, en multitud de ocasiones, se ha derramado sobre nuestras cabezas el óleo de la resignación y de la beatífica esperanza. Se nos ha dicho que la sociedad debe mantener la calma, que no hay que caer en la provocación, que ha de imperar el espíritu conciliador, que hay que dar una respuesta serena y pacífica, que el terrorismo debe ser despreciado con la contundencia del silencio, que, a los atentados terroristas, hay que responder con racionalidad, con espíritu templado y con cabeza fría, y que hay que tener confianza, porque el terrorismo está dando ya sus últimos coletazos.

(*) Profesor de Investigación

Y, por último, han nutrido nuestras ansias de Justicia, anunciando que sobre los terroristas caerá todo el peso de la ley y que habrán de hacer frente a sus responsabilidades y, lógicamente, se nos ha dicho que depositemos toda nuestra confianza en las actuaciones de la justicia.

Los ciudadanos podemos pensar todo esto, o mucho más, o mucho menos, o lo que queramos, porque somos mayores de edad y tenemos suficiente capacidad para enjuiciar los hechos por nosotros mismos.

Y, precisamente, por eso, porque somos plenamente conscientes de la grave situación existente, vemos con gran in-

quietud que los políticos, en vez de estar silenciosos, meditando y buscando soluciones del mismo calibre que el de los problemas, nos aturden con su griterío descompuesto, para decimos una vez más, lo que ya nos han dicho en mil trágicas ocasiones anteriores.

No necesitamos que los políticos vengán a llorar con nosotros. Ellos deben concentrarse en cumplir con su obligación, que es poner orden donde no lo hay. Y, por eso, les rogamos con el mayor respeto que canalicen su desbordado verbo hacia las páginas del Boletín Oficial del Estado, si es que a éste aún le queda dinero para comprar papel.